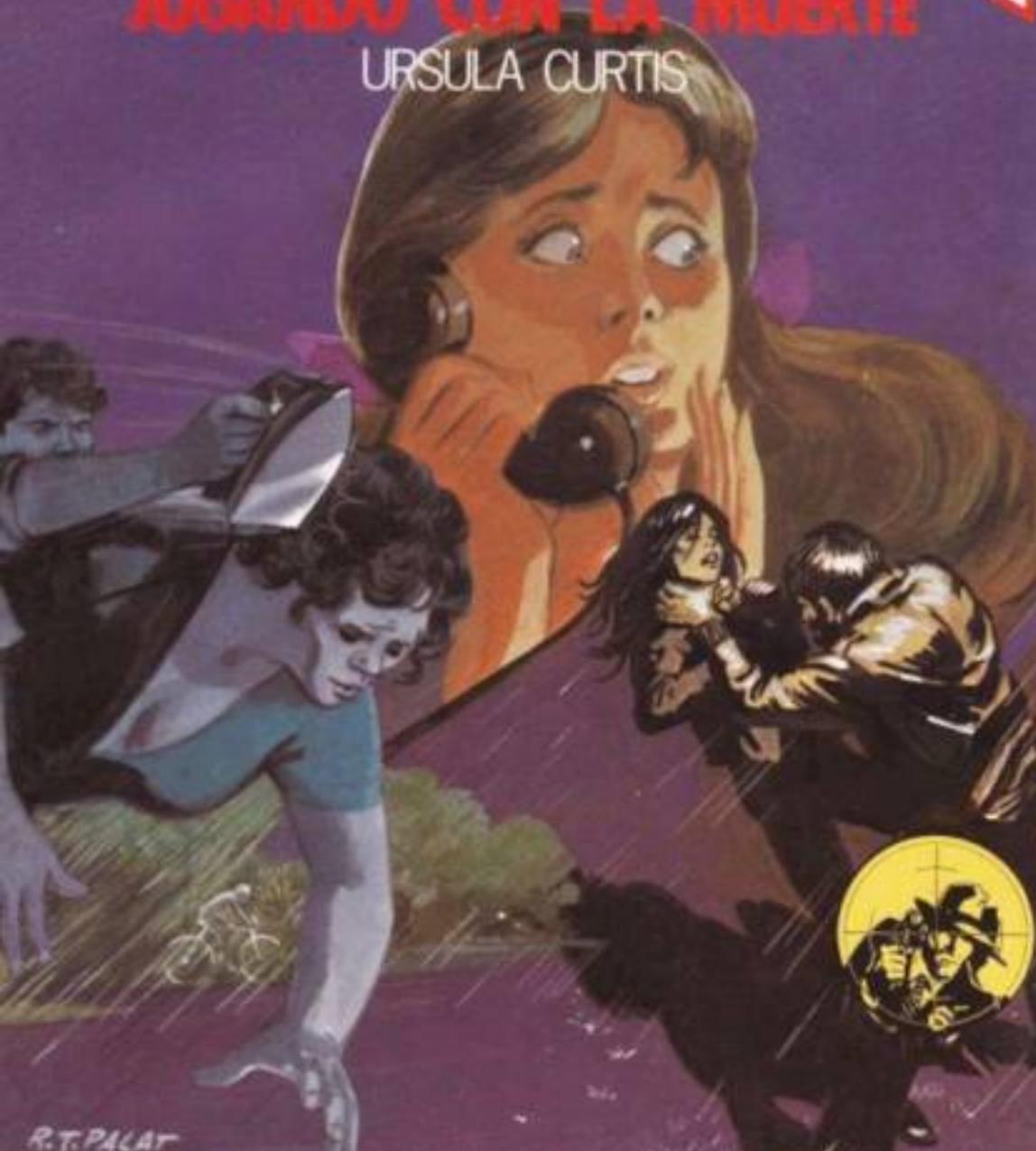


CIRCULO DEL CRIMEN

JUGANDO CON LA MUERTE

URSULA CURTIS



El señor y la señora Mannering acuden esa noche a una fiesta de compromiso, dejando a sus cinco hijos —de distintas edades, desde los más pequeños a Libby, de catorce años— a cargo de la señora Beale, que deberá venir a poco de marcharse aquéllos. Pero la señora Beale telefona para comunicar que no puede presentarse, pues tiene que llevar a su hija al hospital.

Para los niños se abre una noche de bulliciosa libertad. La reunión cuenta con la presencia de Kitt, amiga de Libby, aficionada a gastar bromas telefónicas. Pero cuando espeta: Sé quién eres realmente y también lo que hiciste, es posible que el anónimo interlocutor tenga en verdad algo muy serio que ocultar. Y que, en ese momento, haya decidido solucionar drásticamente el problema.

Para complicar las cosas, una chica es asesinada junto a un puente. La radio, involuntariamente, expande la psicosis. La policía recibe numerosos avisos, imposibles de atender ante la escasez de efectivos. Un deficiente, conocido por todos, circula de manera errática por las calles, lluviosas y oscuras a excepción de la luz aislada de algún porche. El teléfono familiar deja de responder a la llamada de los padres... Esa noche va a ser una noche ciertamente agitada.

1

Los Mannering, al ir a salir de su casa, media hora antes de que la asistenta llegase, les hicieron a sus hijos todas las advertencias propias del caso, que éstos no escucharon.

—Poned cuidado en que las gallinas tengan agua y que el pavo real entre en su jaula. Que *Elizabeth* tenga grano. Y entrar la colchoneta neumática, porque está a punto de llover. Y obedeced en todo a la señora Beale.

Los niños estaban contemplando atentamente la pantalla de la televisión, en donde las imágenes mostraban una diligencia sin conductor que volaba por un sendero.

—¡Este tipo saltará de aquel árbol! —le dijo Harry a William.

El señor Mannering repitió sus instrucciones con algo parecido a un rugido, y los niños se sobresaltaron ligeramente, prometiendo obedecer en todo —lo cual ahorra tiempo—, y hasta llegaron a decir adiós. Desde el otro lado de la puerta cerrada del cuarto de Libby, la hija de catorce años de edad, se oían los discos dados en audición por la emisora local, y la señora Mannering llamó y abrió la puerta.

—Adiós, Libby, hasta mañana. Ayuda a la señora Beale a mantenerlo todo en orden.

Libby dijo que así lo haría, y su nueva amiguita saltó del lecho gemelo.

—Adiós, señora Mannering. Deseo que usted y su esposo se diviertan en la fiesta.

—¿Puede quedarse Kit a pasar aquí la noche? —inquirió Libby.

La señora Mannering, un poco aturdida por la pregunta, respondió con cierta vacilación:

—¿Dónde dormirá Tess?

—En el camastro del cuarto de los chicos. Le encanta dormir allí.

—Bueno... —la señora Mannering le sonrió a Kit Austen—. Naturalmente, tendrás que llamar a tu casa y obedecer a la señora Beale hasta que volvamos nosotros, pero estoy segura de que todo irá bien.

Una inspección final a la casa. Eran las cinco, y casi había oscurecido antes de que subiesen al coche, tranquilizándose mutuamente al pensar que la señora Beale llegaría antes de veinte minutos y que los pequeños no se moverían de delante de la televisión hasta entonces; y que, en cualquier caso, Libby y Dannel, con sus trece años de edad, ya tenían bastante uso de razón para saber comportarse en un caso de emergencia.

—Y esa chica... Kit Austen, parece una mujercita —añadió la señora Mannering, frunciendo un poco el ceño, porque aunque la elección de sus palabras había sido cuidadosa, le parecían bastante fantásticas.

A las cinco y media telefoneó la señora Beale, preguntó por la señora Mannering con voz un tanto turbada, y acabó por disculparse con Libby. Dijo que lo sentía mucho, pues le era imposible ir a cuidarles; acababan de llevar a su hija al hospital —creían que era apendicitis—, y ella tenía que quedarse al lado de sus nietos.

—Pero vosotros os portaréis bien, ¿verdad? —concluyó.

Siempre había sido un misterio para la señora Beale, que los Mannering precisasen de sus servicios teniendo a

Libby; a los catorce años, ella ya había estado a cargo de sus cinco hermanos menores. Por esto, cuando Libby le contestó: «Supongo que sí», la señora Beale colgó y dejó de pensar en los Mannering.

La noticia fue recibida con placer siniestro por parte de los tres niños y la pequeña Tess de cinco años. Les gustaba la señora Beale pero era implacable respecto a la hora de acostarse, y les impedía jugar en la cama, arrojándose mutuamente las almohadas. Sin embargo, se mostraron instintivamente quietos en presencia de la desconocida Kit Austen, y engulleron en perfecta paz la cena que la señora Mannering les dejó preparada, sin tomarse la menor libertad. Claro que todos estaban ya acostumbrados al hábito de Harry, de ocho años, de beber la leche lentamente para luego volver a espurrearla pensativamente en el vaso.

El primer ramalazo de lluvia contra las oscuras ventanas les recordó que no habían ejecutado ninguna de las instrucciones de sus padres, y Libby y Kit fueron a inspeccionar a las gallinas, la ternera y el pavo real. Estos animales no les resultaban de ninguna utilidad, aunque las gallinetas ponían de cuando en cuando un huevo; ello era simplemente porque los Mannering, que se habían criado en la ciudad, compraban animales lo mismo que otras personas adquieren mesitas para el café o lámparas.

Los chicos discutieron respecto a quién se había dejado fuera la colchoneta neumática, y finalmente sobornaron a Tess para que fuese a buscarla; la niña regresó completamente mojada, dejando la colchoneta con un golpe sordo en el suelo de la despensa. Volvieron a poner en marcha el televisor, y los cuatro niños más pequeños se dispusieron a contemplar el programa desde un sofá colocado al fondo de la cocina, sentados solemnemente y mirando como estatuas, cada uno según su propia idiosincrasia: la mojada Tess, el inocente William, el truculento Harry, y el casi analfabeto Daniel, que poseía una percepción casi de adulto, pero que no conseguía aprenderse las tablas aritméticas.

Y todos iban a verse expuestos a la más feroz de las violencias.

Fue Kit la que propuso, cubierta su voz por el ruido de la televisión:

—¿Quieres que telefoneemos? Ya sabes, llamando a la gente para divertirnos.

Libby asintió de buen grado: ya lo había hecho otras veces, por ejemplo, preguntándoles a completos desconocidos si habían encargado tres o seis docenas de camelias para el ramillete de la novia, o bien, en otras ocasiones, si ya tenían el boleto para la cena social. «¿No? Bien, es raro, ya que su nombre figura como patrocinador...». Y otras bromas por el estilo.

Kit Austen, según averiguó Libby, era mucho mejor que todo eso. Después de buscar en la guía telefónica —los apellidos como Stubblefield, Smarth o Staggers les provocaron un estallido de risa convulsa y contagiosa—, se fijaron en un tal John Etrith y, adoptando un acento francés que encantó y admiró a Libby, Kit insistió en que su interlocutor al otro lado del hilo era «su Johnnie». Se habían conocido en París, él le había prometido esperarla... ¡y ahora estaba casado!

—Para no hablar de los niños —añadió Strith, de buen humor.

—Oh, *querrido*, no *crreí* que *fuerras* tan *crruel* con tu Suzette, que te *quiere* tanto...

—Mi esposa, que también me quiere, me pide el teléfono. Hasta la vista, Suzette.

Kit colgó. La arruga de su entrecejo demostraba que era capaz de engañar a la gente con suma agudeza. Y Libby no debía perder, en ningún momento, su expresión de admiración y asombro.

—Díctame varios números —le ordenó Kit con autoridad—, y verás algo bueno.

En la cocina cayó una bandeja produciendo un gran estrépito pero Libby se sentía demasiado fascinada para ir a investigar la causa.

—¡Tess, Harry..., ay de vosotros si vengo! —gritó de manera automática, y empezó a elegir números telefónicos al azar.

Su grito de advertencia despertó al periquito en su jaula, el cual empezó a repetir su consuetudinaria frase:

—Hola, Pablo, hola, Pablo...

A las personas que contestaban a su llamada, Kit les decía con voz controlada, suave e insidiosa:

—Sé quién eres realmente y también lo que hiciste.

Casi ninguno colgaba en seguida, aunque el receptor dejaba oír algunos rumores extraños. A la décima llamada, los ojos verdosos de Kit se iluminaron, previniendo a Libby. Una vez terminado el primer intercambio de frases, Kit preguntó:

—¿Encontrarnos dónde...? No, claro que no se lo diré a nadie, porque entonces no habría secreto... Sí, saldré sin que nadie lo sepa... Y usted no falte.

Colgó, brillante la mirada por su triunfo y reprimió una carcajada.

—¿Lo has oído? Quiere que me encuentre con él en un puente, ese viejo lobo.

—¡No...! ¿De veras te dijo...?

—Vaya, ya lo has oído. ¿Quién es, si queremos volver a llamarle?

Pero Libby ya había pasado la página del anuario y ambas muchachas se olvidaron de aquella llamada, y cuando hallaron a una Juanita Adder en Copperhead Trail...

2

Había aprendido a controlar sus mortales ramalazos de cólera por lo que consiguió depositar el receptor en la horquilla, en lugar de hacerlo añicos. Pero las palabras de la mujer parecían flotar por la estancia con el mismo desafío que lo harían las huellas de unos pies sobre la alfombra de color crema que llegaba de pared a pared, o unos arañazos en los pulimentados muebles.

«Sé quién eres realmente y también lo que hiciste».

Para Leonard Whelk, que comenzó ya a moverse con más rapidez, la primera parte de esta declaración era tan peligrosa como la segunda. Por una fracción de segundos, cuando la voz suave le murmuró esto al oído, sintió náuseas.

No se en realidad ni sabía cuál era su apellido verdadero. Enviado a un hogar adoptivo a muy tierna edad, pasó los primeros trece años de su existencia como Leonard Birucoff, conocido universalmente como Foxy debido a su cara pálida y afilada y a sus móviles ojos de color pardo rojizo, así como a su inusitada agilidad.

La señora Birucoff, una viuda, según recordaba Foxy desde siempre, lavaba para los demás para su propio mantenimiento y el de su hijo adoptivo por lo que su hogar estaba constantemente lleno de jabón y olía a almidón y

plancha. Foxy odiaba aquel olor, la pobreza, las manos enrojecidas y grandes de su madre adoptiva... pero, más que todo odiaba las pilas de lana, damasco y organdí blanco como la nieve, que cubrían todas las superficies libres de la casa. Formaban un rudo contraste con sus sábanas remendadas hasta lo inverosímil, limpias pero bastas, y los demás artículos domésticos de que estaba rodeado.

Su odio no era resentimiento hacia su madre adoptiva; a ésta la despreciaba, molesto cuando le veían con ella, y sólo la obedecía cuando era absolutamente necesario. Durante un tiempo, albergó el sueño normal de todo huérfano respecto a una terrible equivocación, viviendo en la pobreza mientras sus verdaderos padres, sumamente ricos, le estaban buscando por todas partes. El sueño se desvaneció pero no la ferocidad del odio de Foxy.

Claro que no lo demostraba. Exteriormente, Foxy era un chico pulcro, industrioso, bajo para su edad, pero voluntarioso e incansable. Los vecinos aprobaban singularmente que, al salir de la escuela, se dedicara a cuidar jardines y lavar coches, y llegaban a ponerle como ejemplo a sus hijos. Nadie sabía que la señora Birucoff no veía una sola moneda de aquel dinero ganado en las horas extras por Foxy; nadie sospechaba sus terribles cóleras cuando estaba contrariado por algo, o el crudo lenguaje que reservaba sólo para su madre adoptiva.

Porque la señora Birucoff estaba demasiado orgullosa de su integridad, demasiado temerosa de alguna autoridad innombrable, demasiado inocente de las posibilidades violentas de un chiquillo de trece años, para pedirle consejo a nadie. ¿Una mujer ya mayor incapaz de manejar a un crío? Esto era una tontería.

Foxy fumaba de manera creciente y alarmante; en esto malgastaba gran parte del dinero que ganaba. Por principio, su madre adoptiva se mostraba irreductible a este respecto; ni siquiera podía explicarse por qué un cigarrillo entre los labios de la pálida cara de Foxy la molestaba tanto.

Insistía en que Foxy no fumara, pero el muchacho continuaba aspirando el humo del tabaco. Una tarde cálida y suave de octubre, la mujer regresó de entregar ropa en la ciudad y le halló tumbado en la cama, envuelto en una nube de humo.

Foxy era demasiado grande para resistir lo azotes de una mujer, cosa que su madre adoptiva sabía por instinto. El chico no la esperaba tan temprano, y el último cajón de su mesa de trabajo estaba abierto y literalmente atestado de paquetes de tabaco. La señora Birucoff los vio, se apoderó de ellos y empezó a gritar:

—¡Te he prohibido que fumes, Foxy! —y corriendo a la cocina, arrojó los paquetes dentro de un cubo con agua.

Foxy la siguió y la mató.

El primer golpe, propinado con la plancha que siempre estaba preparada sobre la tabla de planchar, fue el producto de un repentino ramalazo que experimentó en su cerebro. Los siguientes golpes ya no.

Los paquetes de cigarrillos no estaban todavía completamente empapados de agua, por lo que los sacó del cubo. Regresó a su cuarto y desvaneció todo rastro de humo, abriendo las ventanas de par en par. Utilizó el delantal de su madre adoptiva para limpiar el asa de la plancha; había leído respecto a estos detalles. Después, sacó y se embolsó el dinero ganado aquella semana por la señora Birucoff, que ésta guardaba celosamente en el azucarero, volcó la mesa de la cocina y las sillas, rompió un frasco conteniendo almidón, esparciéndolo por el suelo, y se marchó a recortar el césped del jardín del señor Thomas Husted.

Las autoridades se mostraron muy comprensivas. Aun teniendo en cuenta la constitución del muchacho, tal vez hubiesen investigado el asunto más a fondo de haber conocido su verdadero mal carácter, o sus disputas con la difunta. Tal como fueron las cosas, con la ayuda de los testigos de

Foxy y su propia defensa, quedó bien claro que se trataba de uno de aquellos crímenes brutales y sin sentido que empiezan por un robo sin importancia y acaban en asesinato.

La gente para quien había lavado y planchado la señora Birucoff aportaron sus dádivas para el chiquillo, sinceramente conmovidos por su desgracia. Debido a esto, Foxy no tuvo que volver a la institución estatal. El dinero le permitió terminar sus estudios bajo la vigilancia del tribunal, y a los dieciséis años, apadrinado por un consejero de Banco con relaciones en el Este, Foxy dejó Nuevo Méjico para ir a estudiar contabilidad a Chicago.

Tuvo éxito; si a los trece años era un chiquillo vicioso y malvado, también siguió igual de adulto. Cuando pensaba en su madre adoptiva, muy pocas veces, la verdad, estaba satisfecho por haberse librado del olor a jabón, las discusiones, y la humildad de que fuera lavandera. A los dieciocho años se marchó de Chicago y, en Nueva York, se convirtió en Leonard Whelk. El simbolismo del nombre le complacía, así como cuando tenía que decir:

—Con hache, por favor.

En los años siguientes —como empleado, jefe de departamento, tesorero; y, finalmente, vicepresidente— su infancia le consumió como una úlcera. Deliberadamente, se forjó otra ficticia en beneficio de sus amistades, pero a cada encuentro casual la amargura crecía en su alma. Cuando tuvo la oportunidad de ser trasladado a una sucursal de su Compañía, en el sur, y en tanto que todos creían que ello sería una gran alegría para él, Foxy sintió pánico, aunque luego, lentamente, fue comprendiendo que era esto exactamente lo que necesitaba.

Regresar. Vivir entre las personas, respetado y posiblemente envidiado, a quienes había ido él a entregar la ropa lavada, y cuyos jardines había cuidado. Tal vez alquilar y pagar a los hijos de «aquellas personas». Pasear por el vecindario, sin ser molestado como el autor del brutal y salvaje crimen que jamás fue elucidado.

El riesgo era mínimo. Sólo sus pupilas de color pardo rojizo relacionaban a Leonard Whelk con Foxy Birucoff, y aún en aquellos veinte años habían palidecido. Llevaba barba para ocultar su menguado y puntiagudo mentón, lo cual le prestaba un aspecto de importancia varonil. El traje a medida ocultaba la estrechez de sus hombros, dándole asimismo una estatura que no tenía en su infancia. Pero lo que le procuraba la mayor seguridad era que nadie pensaba ya en Foxy Birucoff.

Adquirió una mansión que para él era como el símbolo de todas las casas en que vivían las personas que le habían mandado o se habían compadecido de él: una construcción de adobe, con una cerca, que ostentaba una verja labrada de estilo español, y que encerraba un jardín y una huerta con árboles frutales enanos. Tenía dinero, aunque no en grandes cantidades; el instinto le había hecho evitar las amistades íntimas, por lo que apenas se relacionaba con nadie, y el odio que sentía hacia su madre adoptiva había sido trasladado al resto de las mujeres.

Pero ahora, ahí estaba esa mujer, diciendo con voz suave y levemente burlona:

«Sé quién eres realmente y también lo que hiciste».

Leonard Whelk penetró en su dormitorio, con las manos inertes a sus costados, sabía que la apariencia de calma exterior, aun sin testigos, le ayudaba a aquietar sus rachas de furiosa locura. Eran ya más de las seis, la hora en que normalmente ponía en su tocadiscos una buena grabación y tomaba un baño, de modo que en el caso improbable de una llamada telefónica o en el más improbable aún de una llamada a la puerta, su mutismo quedaría justificado.

Encendió las luces del baño y el dormitorio, corrió todos los cortinajes de la casa, puso un disco en la platina y graduó el volumen al máximo. Después se deslizó fuera, bajo la lluvia, y echó a correr en la oscuridad.

Le había advertido a la mujer, veladamente, que no hablase con nadie de aquella cita en el puente, a lo que ella había respondido: «No, claro que no se lo diré a nadie, porque entonces no habría secretos».

Le faltaba algo, sí, le faltaba algo en medio del tumulto que sentía en su cerebro. Su única, y leve, garantía —a partir de esta noche—, era que ella estuviese interesada en una extorsión continua, en cuyo caso le interesaba tanto como a él guardar el secreto.

Naturalmente, tarde o temprano acabaría por contárselo a alguien, porque era un secreto demasiado poderoso para conservarlo en silencio largo tiempo: que Leonard Whelk, con su lujosa mansión y su costoso coche, presidente del hospital Fund y director del nuevo Banco, era realmente el pequeño Foxy Birucoff. «¿No se acuerda usted, vecina?, el hijo de la planchadora, el maldito asesino que todo el mundo pensaba había sido un vagabundo...».

Whelk no se preguntó cómo lo había sabido, o si sólo se trataba de una baladronada. Ignoraba las determinantes de la ley con respecto al castigo reservado a un adulto por un delito capital cometido siendo menor. Pero sabía que aunque no pudiesen destruir por completo a Foxy Birucoff, ciertamente sí destruirían a Leonard Whelk.

Tenía toda la noche por delante; y sólo una vez tuvo que resguardarse bajo los árboles agotados por la lluvia para evitar los faros de un coche. Los sureños cenan muy temprano, y el mal tiempo impedía que la gente saliera de sus casas.

¿Vendría? La avaricia y la victoria son dos grandes espoladores, aunque la mujer había parecido un poco retraída, al final de la conversación. Whelk no pensó en ninguna otra alternativa: que ella estuviese interesada en una justicia abstracta; que fuese a la Policía; que, moviéndose con cautela, los representantes de la ley le hubiesen sugerido a la mujer este plan, mientras ellos escuchaban la conversación

telefónica por una extensión o grabándola en un magnetófono...

Su elección del puente fue instintiva. Aun sin que su cerebro tuviese tiempo de meditar, sabía que tenía que ir a pie, ya que su coche no debía moverse del garaje por si acaso llegaba un visitante. Al extremo más alejado del puentecillo, a unos doscientos metros de la carretera, había un café de dudosa reputación que estaba abierto toda la noche.

Leonard Whelk dejó de correr porque acababa de llegar a su destino.

La cita era para las seis y cuarto, y ya debía de ser esta hora. Rápidamente, casi tan pronto como su sombra hubo borrado el cono dorado del farol, descendió parcialmente por la pendiente arenosa donde empezaban las barandillas de madera, con el mismo silencio que mostraban los espesos tamarindos que allí crecían y entre los que se escondió. Él podía ver, pero no podía ser visto.

«Supongamos que ella le haya dicho a alguien: “Nos encontraremos en el puente. Si no estoy de vuelta a las...”».

O bien:

«No me fío de él. Acompáñame hasta el puente, y luego ocúltate donde puedas oírlo y verlo todo. Supongamos...».

Aparte de los susurros de la lluvia y la noche, no se oía nada. De repente, por encima del ruido nocturno y el del agua que discurría bajo el puente, Leonard Whelk oyó el taconeado de unos zapatos femeninos. El pulso empezó a latirle con más fuerza, mientras escuchaba intensamente. No había otro taconeado ni voces susurrantes. Cuidadosamente, separó las hojas del tamarindo.

Primero divisó la sombra de la mujer, apuntada hacia él como un arma, y después, con la intensa curiosidad del temor y el odio, su impermeable ajustado y el pañuelo de la cabeza, a medida que la recién llegada se iba aproximando

al cono de luz situado al extremo del puente. El ángulo en que avanzaba mantenía su rostro en la sombra, pero de pronto ella levantó el brazo para consultar su reloj. Después giró la cabeza como acechando la llegada de alguien por el camino.

Deliberadamente, él le había dicho por teléfono que iría al puente en su coche, a fin de que la mujer prestase atención al destello de los faros o al zumbido del motor. Leonard Whelk surgió de entre los tamarindos antes de que ella pudiese retroceder ni decir nada.

Le sonrió cortésmente.

—Buenas noches.

El semblante de la mujer mostró una profunda sorpresa abajo su pañuelo floreado.

—Espero no haberla hecho aguardar. Usted me telefonó no hace mucho rato, ¿verdad? Yo soy el señor Whelk...

La joven asintió, sonriendo, y las manos de Whelk se movieron con una agilidad espantosa.